



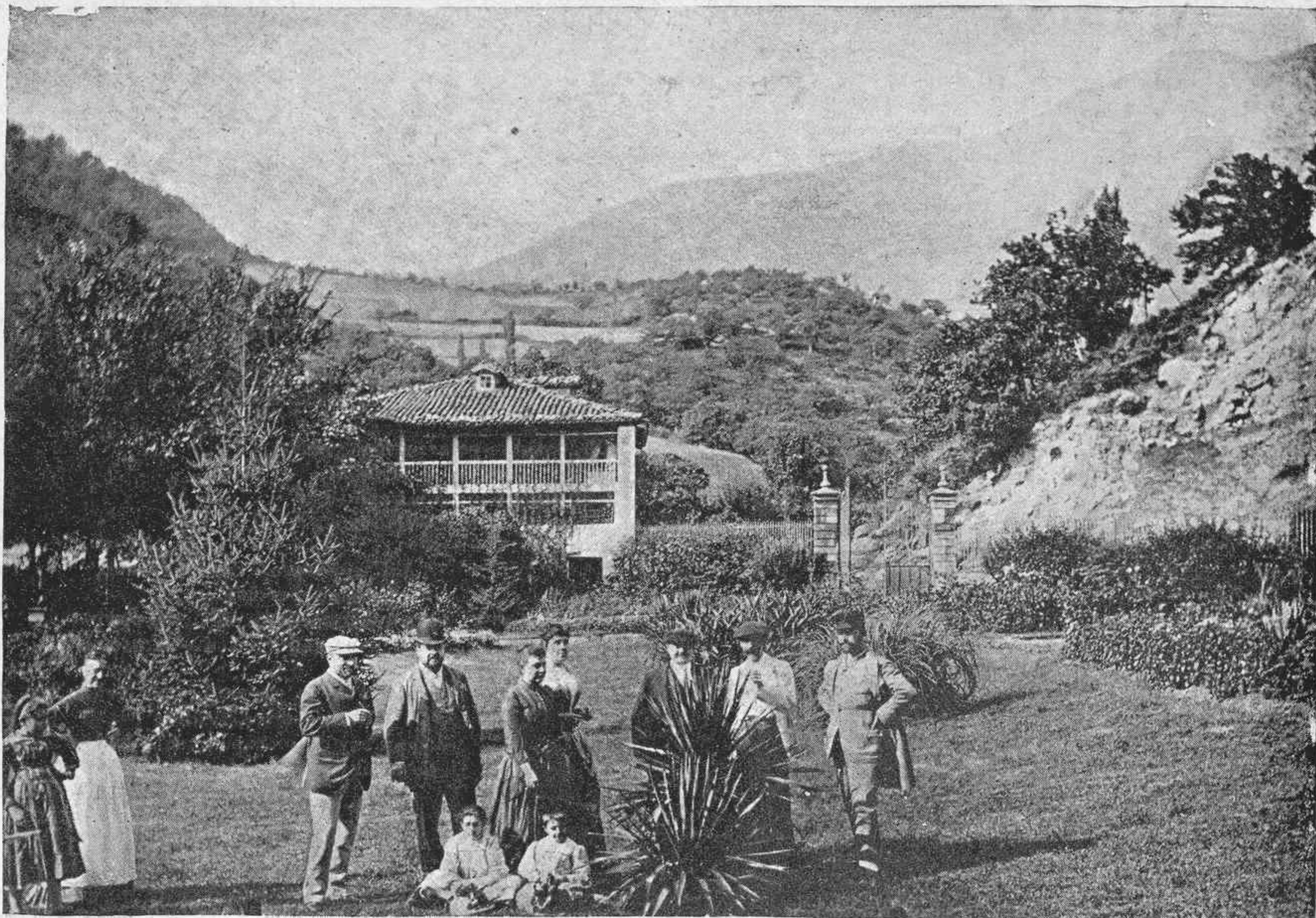
SEMENARIO ILUSTRADO

DIRECTOR  
**Eduardo Sánchez de Castilla**

ADMINISTRACIÓN  
**CLAUDIO COELLO, 21**

DIRECTOR ARTÍSTICO  
**FÉLIX DE LA TORRE**

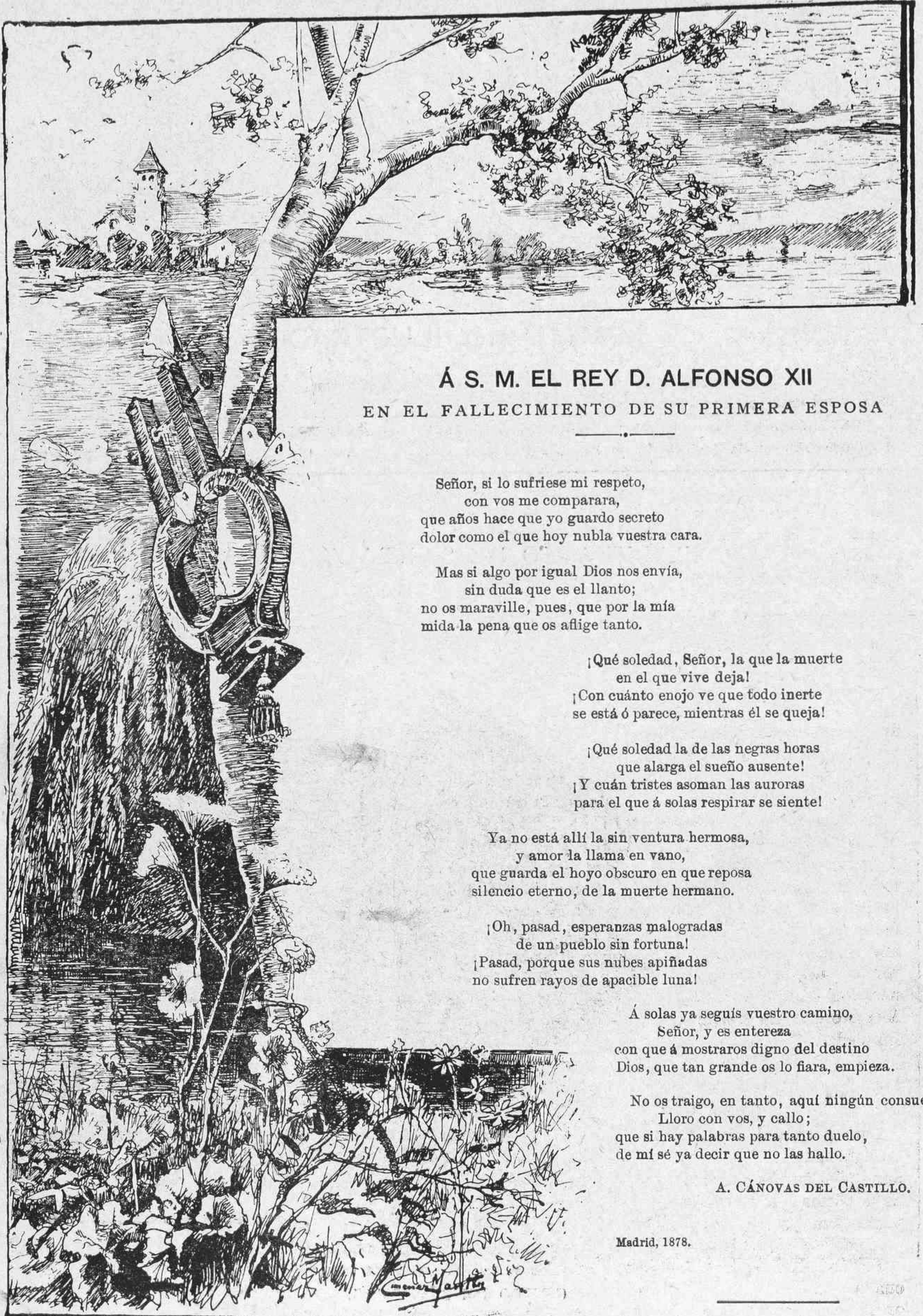
BALNEARIO DE SANTA AGUEDA



GRUPO DE BAÑISTAS.

FOTOGRAFÍA HECHA POR EL MARQUÉS DE BERGES DESDE LA GALERÍA EN QUE FUE ASESINADO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

# UNA POESÍA DE CÁNOVAS



## Á S. M. EL REY D. ALFONSO XII EN EL FALLECIMIENTO DE SU PRIMERA ESPOSA

Señor, si lo sufriese mi respeto,  
con vos me comparara,  
que años hace que yo guardo secreto  
dolor como el que hoy nubla vuestra cara.

Mas si algo por igual Dios nos envía,  
sin duda que es el llanto;  
no os maraville, pues, que por la mía  
mida la pena que os aflige tanto.

¡Qué soledad, Señor, la que la muerte  
en el que vive deja!  
¡Con cuánto enojo ve que todo inerte  
se está ó parece, mientras él se queja!

¡Qué soledad la de las negras horas  
que alarga el sueño ausente!  
¡Y cuán tristes asoman las auroras  
para el que á solas respirar se siente!

Ya no está allí la sin ventura hermosa,  
y amor la llama en vano,  
que guarda el hoyo obscuro en que reposa  
silencio eterno, de la muerte hermano.

¡Oh, pasad, esperanzas malogradas  
de un pueblo sin fortuna!  
¡Pasad, porque sus nubes apiñadas  
no sufren rayos de apacible luna!

Á solas ya seguis vuestro camino,  
Señor, y es entereza  
con que á mostraros digno del destino  
Dios, que tan grande os lo fiara, empieza.

No os traigo, en tanto, aquí ningún consuelo  
Lloro con vos, y callo;  
que si hay palabras para tanto duelo,  
de mí sé ya decir que no las hallo.

A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Madrid, 1878.

# CÁNOVAS LITERATO

Bien dijo quien dijera que más se aprende en las pequeñeces de los grandes que en las grandezas de los pequeños.

El león, de un coletazo, puede matar á un hombre: el ratoncillo apenas podrá mordisquearle empleando toda la robustez de sus mandíbulas.

Para un hombre como D. Antonio Cánovas del Castillo, la literatura no pudo ser sino indispensable descanso, cambio de horizontes, regalo propio de días festivos, y, al mismo tiempo, válvula de seguridad para el escape de grandes energías intelectuales, de las que no siempre encuentran aplicación á los casos de la política y del gobierno, en que el gasto por regla general, y en España por regla especialísima, más tiene que ser de voluntad que de inteligencia.

Era D. Antonio Cánovas hombre de aptitudes universales, y, sin exageración, se puede asegurar que literato, pintor ó músico, hubiera llegado á serlo tan eminente como político, si la política no hubiera absorbido y embargado lo más de su fecunda existencia.

En esto, como en otras mil cosas, mostraba Cánovas ser del temple de los españoles antiguos, para cuyas actividades no había fronteras, y que sabían ser, alternativa ó simultáneamente, soldados, poetas, diplomáticos, viajeros, conquistadores, teólogos y dramaturgos, según las circunstancias lo requerían.

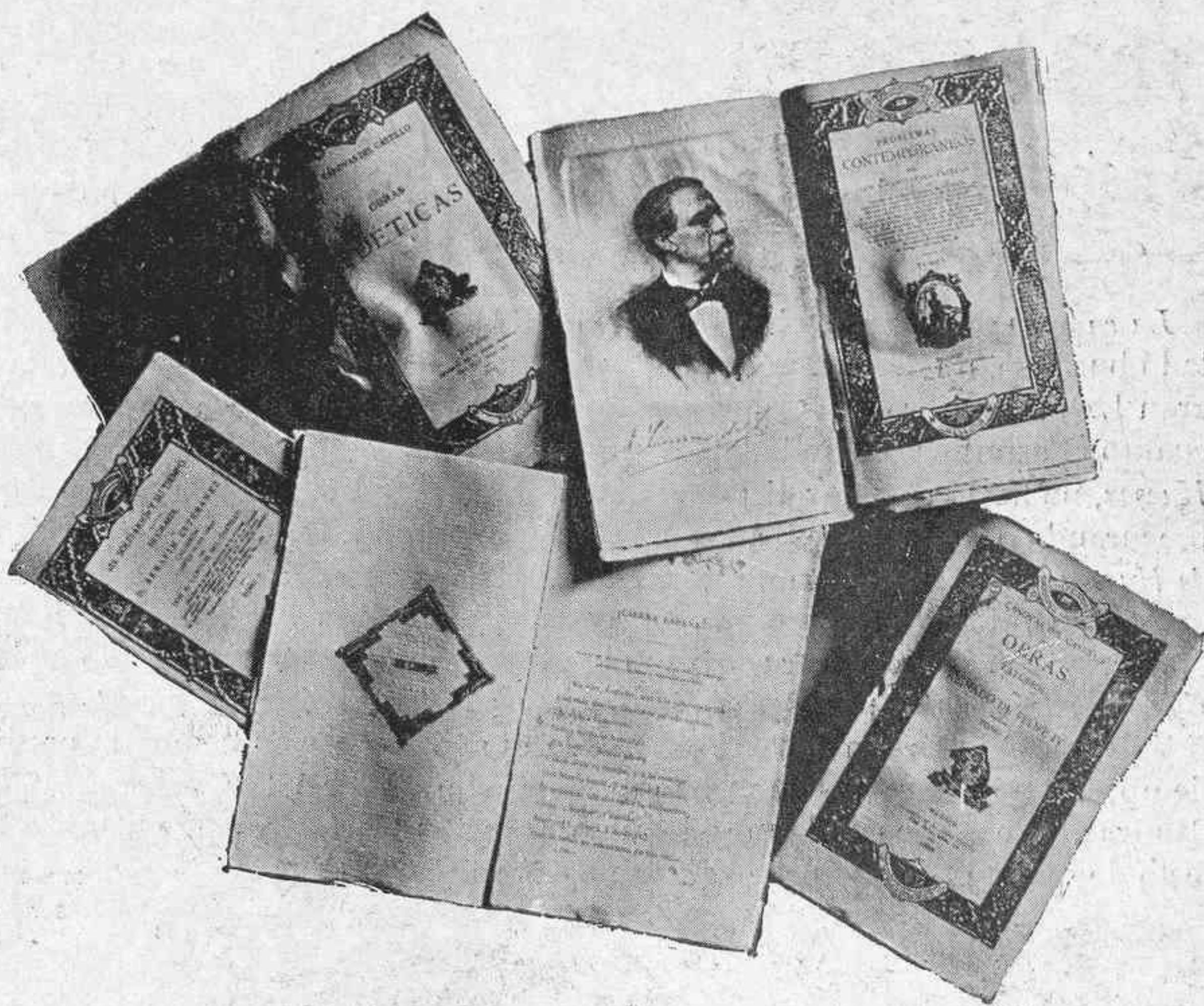
Esta ha sido la tradición española, y es una mala vergüenza que hoy, por amoldarnos á las estrecheces de pensamiento, propias de los tudescos y de los sajones, preconicemos y defendamos aquí el sistema de las especialidades, base de todos los *encasillados* y de toda arbitrariedad intelectual y fundamento de la ñoñería y de la indigencia, mal disimulada, en que viven los pueblos, cuya degeneración estudia y fustiga Max Nórdau sin tregua y sin piedad.

\* \* \*

Don Antonio Cánovas era principalmente político, aunque el maestro Campoamor afirma que era poeta principalmente.

Verdad es que el maestro dice de sí mismo que es principalmente agricultor.

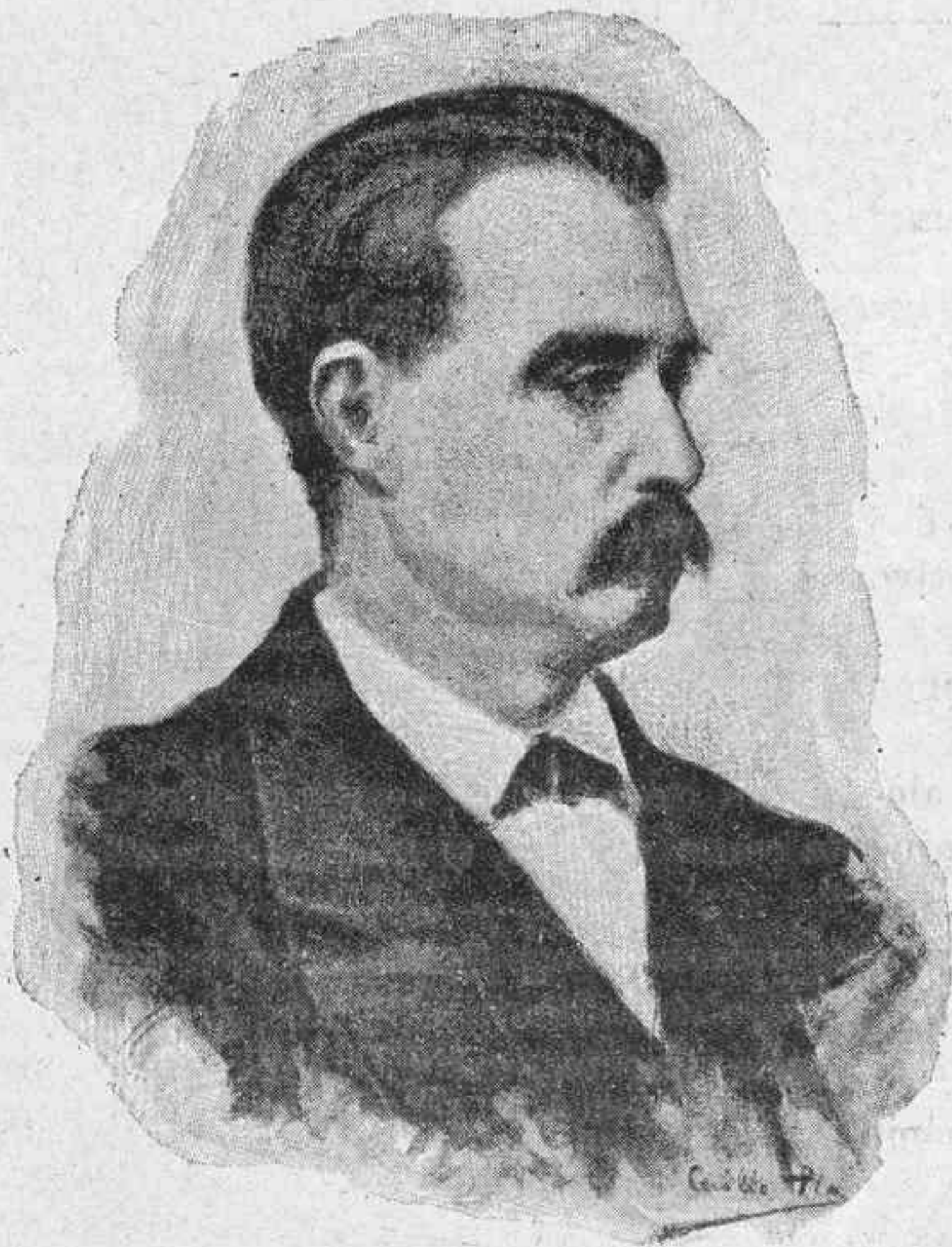
Pero, además, D. Antonio Cánovas era poeta, orador, novelista, crítico, historiador, filósofo, por todo lo cual solían calificarle de doctrinario los que nunca han padecido indigestión de doctrina, y de superficial en sus conocimientos los que creen más útil hacer pozos que descubrir nuevos mundos.



OBRAS DE CÁNOVAS.

*Doctrinario y superficial* por ese estilo era el señor de la Torre de Juan Abad, D. Francisco Gómez de Quevedo y Villegas, poeta, novelista, filósofo, teólogo, político, el hombre más soñador y el más despierto que ha criado España. Era un hombre que de todo escribía porque de todo pensaba, y esto de juro tenía que disgustar á aquellos que no saben ni alcanzan á pensar sino en lo que les conviene. ¿Qué entienden los ratones de los coletazos del león, ni menos de sus dentelladas y zarpazos, ni menos de sus roncos y profundos bramidos?

En D. Francisco de Quevedo, el literato y el filósofo se sobrepusieron al hombre político, y su obra es-



*D. Cánovas del Castillo*

crita le ha valido la inmortalidad más indiscutible después de la de Cervantes. Nunca gobernó Quevedo: fué un político de oposición, y de oposición violenta, encarnizada, contra el privado Olivares, que era el modelo y el arquetipo de las medianías encumbradas, causantes de nuestras mayores desdichas.

En D. Antonio Cánovas el político, por patriótica obligación, se sobrepuso al literato y al filósofo, y su obra *hecha*, no escrita con ser tan grande, es posible que no le valga la inmortalidad. Tal es el sino de los hombres políticos en los períodos en que las naciones decaen: son diques para el desbordamiento de las aguas ó muros de contención para el desprendimiento de tierras. Al fin y al cabo las aguas se desbordan, las tierras se derrumban, y nadie vuelve á acordarse del muro ó del malecón, mientras sigue en pie la estatua ó el edificio hermoso que de las piedras de aquél podían haber salido.

\*  
\* \*

Escribió D. Antonio Cánovas una *Crónica del siglo XII* titulada *La campana de Huesca*, como el insigne *Figaro* escribió *El doncel de D. Enrique el Doliente*.

Entre las dos obras, grandísima es la semejanza.

Son dos novelas históricas por el estilo de las de Walter Scott, y no superiores á algunas que después compuso Fernández y González, ni á las muy estimables de Enrique Gil y de Navarro Villoslada.

*La campana de Huesca*, obra que no ha leído casi ninguno de los muchos que se han burlado ó intentado burlarse, no de ella, mas del autor, con ironía extremadamente barata y fácil, es, como la novela del gran Larra, un libro pensado y escrito con prolijidad, á veces enfadosa, pero de grandísimo interés en cuanto al asunto y de indudable belleza narrativa. Cuando el Sr. Cánovas compuso *La campana de Huesca*, no hacían los novelistas españoles, pocos y medianos, otra cosa que vivir del jugo extranjero, procurando hacerle gustoso á los paladares de por acá. Desde que se publicó por primera vez *La campana de Huesca*, en 1854, habían de transcurrir casi veinte años sin que la novela española emprendiese su marcha triunfal por camino propio, cada vez más ancho y más florido. ¿Cómo hemos de leer con atención y apreciar con justicia *La campana de Huesca* los que hemos comenzado nuestra lectura de novelas por los *Episodios Nacionales*, por *Pepita Jiménez* ó por *El sombrero de tres picos*?

Volvamos el pensamiento, si es posible, al año 1854; estudiemos la producción novelesca de aquellos tiempos, y no dejaremos de reconocer grandísimo valor á la *Crónica del siglo XII* escrita por D. Antonio Cánovas, y en la cual algunos detractores furibundos del grande hombre encontraban el gravísimo defecto de que uno de los personajes se apellida Castana.

\*  
\* \*

Si muy poca gente ha creído en Cánovas novelista, lo que es en Cánovas poeta no ha creído casi nadie, aunque también le otorgase el título Campoamor.

Y, sin embargo, D. Antonio Cánovas era un poeta de verdad, por el sentimiento mucho más que por la forma, y en algunas composiciones, como la más conocida y celebrada entre todas las suyas (la que lleva por título *La mitad de la vida*), mostró ser un poeta de los grandes, de los altos, de los que resisten á todas

las comparaciones. Tendrán razón para condenar las poesías de Cánovas, como lo han hecho los críticos, cuando sean capaces de construir versos de esta fuerza:

¿Del monte siempre á la llanura abierta,  
ó del llano á la cumbre iré cruzando  
tras de la luz del horizonte yerta?  
¿Y por seguirla pasaré olvidando  
siempre del sol los vivos resplandores  
ó el alegre rumor del aire blando?  
¿Y ni pararme á recoger las flores  
que hermosas visten la quebrada senda  
habrán de permitirme tus rigores;  
Ni dejarás que al dulce són atienda  
con que el agua en las peñas escondida  
brota y reparte su fecunda ofrenda?.....

Tendrán razón para tachar de pesadez y prosaísmo estas poesías quienes compongan algo tan fácil, tan tierno, de entonación tan castiza y *zorrillesca* como la composición titulada *Doncella sin amor*:

¡Ay de la fuente sin agua!  
¡Ay de la noche sin luna!

\*  
\* \*

Aun cuando fueran discutibles, que para mí no lo son, los méritos de D. Antonio Cánovas como novelista y como poeta, nadie se los negará como crítico.

El libro *El Solitario y su tiempo*, el discurso acerca de la libertad en las artes y el prólogo á los *Autores dramáticos contemporáneos*, principalmente, acreditan en el Sr. Cánovas la posesión y el dominio de lo que se pudiera llamar *sagacidad estética*, es decir, del ingenio más perspicaz y agudo para percibir y transparentar lo percibido.

En la apología que hizo del *Solitario*, tío suyo y protector de su juventud, no cabe dudar que se excedió no poco el Sr. Cánovas: ni el *Solitario* valía tanto como Larra ó Mesonero Romanos, ni venía á ser una especie de centro del sistema planetario formado por los escritores de su época, según se propuso demostrar el Sr. Cánovas. Pero, en general, los juicios de éste acerca de los demás literatos y la pintura que hace del *tiempo* de Estébanez Calderón, muestran la más admirable rectitud crítica y profundísimo conocimiento de la materia.

En el prólogo de los *Dramáticos contemporáneos* hay más que todo eso: hay un compendiado y acabadísimo estudio del Teatro español en su esencia, en su interno valer y en su exterior significación; trabajo en el cual se revela y descubre cuánto hubiera podido hacer su autor en los estudios de historia y de crítica literaria.

\*  
\* \*

En resumen: D. Antonio Cánovas del Castillo vive en sus *obras escritas* tanto como en sus *obras hechas*. La luz que éstas arrojan es más brillante, pero en cambio se extinguirá más pronto. Aquéllas contribuirán á que se conserve la memoria del honrado patricio, muerto por obedecer noblemente el precepto clásico, *Salus populi suprema lex esto*.

F. NAVARRO LEDESMA.



# CÁNOVAS ÍNTIMO



EL SOLITARIO.

Todos los afectos del magnánimo corazón del Sr. Cánovas concentráronse, durante su juventud, en su tío y protector, el eminente literato D. Serafín Estébanez Calderón (*El Solitario*), y durante la última época de su vida, en la dulce y amable compañera que le dió el destino, en la Sra. D.<sup>a</sup> Joaquina de Osma, de quien se ha dicho estos días, al contemplar la cristiana entereza con que ha sabido cumplir los últimos y penosísimos deberes de la esposa amante, que era el tipo sublime de la *mujer fuerte* de que habla la Sagrada Escritura.

De D. Serafín Estébanez Calderón recibió el Sr. Cánovas, cuando mozo, los primeros alientos para entrar en la lucha de la vida: á él debió el sabio consejo y la prudente dirección, tanto en materias literarias como en las políticas, y de su ingenio privilegiado tomó ejemplo el del joven estudiante, que tan lozanos frutos había de dar en lo sucesivo. *El Solitario* designaba á su sobrino con el benévolo apodo de *el tragaleyes*, por la rapidez y constancia, que desplegó en sus estu-



DOÑA JOAQUINA DE OSMA.

dios jurídicos, desde los comienzos de la carrera.

Á la ilustre señora con quien se unió en santo lazo siendo ya el Sr. Cánovas hombre maduro, ha debido éste las más puras y hermosas satisfacciones de la vida familiar, la felicidad envidiable de que disfrutaba, sólo interrumpida por los disgustos y quebrantos que la vida del hombre político ofrece, y cortada por la mano alevosa de un asesino.

En estos dos grandes afectos familiares se resume la existencia del Sr. Cánovas en la juventud y en la ancianidad.

Cuantos le conocieron saben que para él su casa, sus parientes y amigos eran lo más amable y necesario en el mundo.

También fué durante muchos años objeto del cariño del Sr. Cánovas su fidelísimo servidor, D. Ramón Dupuy, fallecido hace años.

Nadie ignora quién era *Ramón*: uno de esos sirvientes leales y antiguos á quienes, á la larga, se les considera *como de la familia*.

L. R. M.



RAMÓN DUPUY.

# CÁNOVAS HISTORIADOR

«Un amigo de la historia que ha dedicado á su estudio todos los ocios pasados y anhela por destinar al propio objeto los días serenos que le conceda el porvenir.»

Con tales palabras se expresaba á su ingreso en la Real Academia de la Historia, el día 20 de Mayo de 1860, D. Antonio Cánovas del Castillo, cuya trágica muerte ha dejado sin Presidente á aquella Corporación.

Entre la hojarasca retórica de los discursos académicos, pocas veces suele hallarse una expresión que no adolezca de insinceridad, ni que manifieste frutos de verdadero juicio sobre cosas ni personas, supuesto que de aquéllas acrece el interés, el prurito de hipérbole que caracteriza las monografías de los especialistas, y á éstos atribuye desmedida importancia la alabanza lisonjera, que no excluye la inveterada modestia del mismo académico recipiendario, quien en fuerza de ponderar el honor que recibe tan inadecuado á su propia insignificancia, deja entender á las claras que por merecido lo alcanza, destacándose sobre las sombras de su humilde carácter los vigorosos contornos con que su nueva y preeminente condición pone de relieve los merecimientos que á ella debieron hacerle acreedor, so pena de injusticia en los que semejante distinción le acordaron.

No acontece así con las palabras de Cánovas arriba transcritas. Son palabras de un orador eminente, el de más viril elocuencia entre cuantos en nuestro tiempo honraron la tribuna parlamentaria, y la peculiar virtud oratoria de Cánovas hizole en tan señalada ocasión, como en tantas otras, hablar con la cabal expresión de atinado juicio que apenas deja espacio á la paráfrasis en que pudiera cifrarse nuestra opinión respecto á Cánovas como historiador.

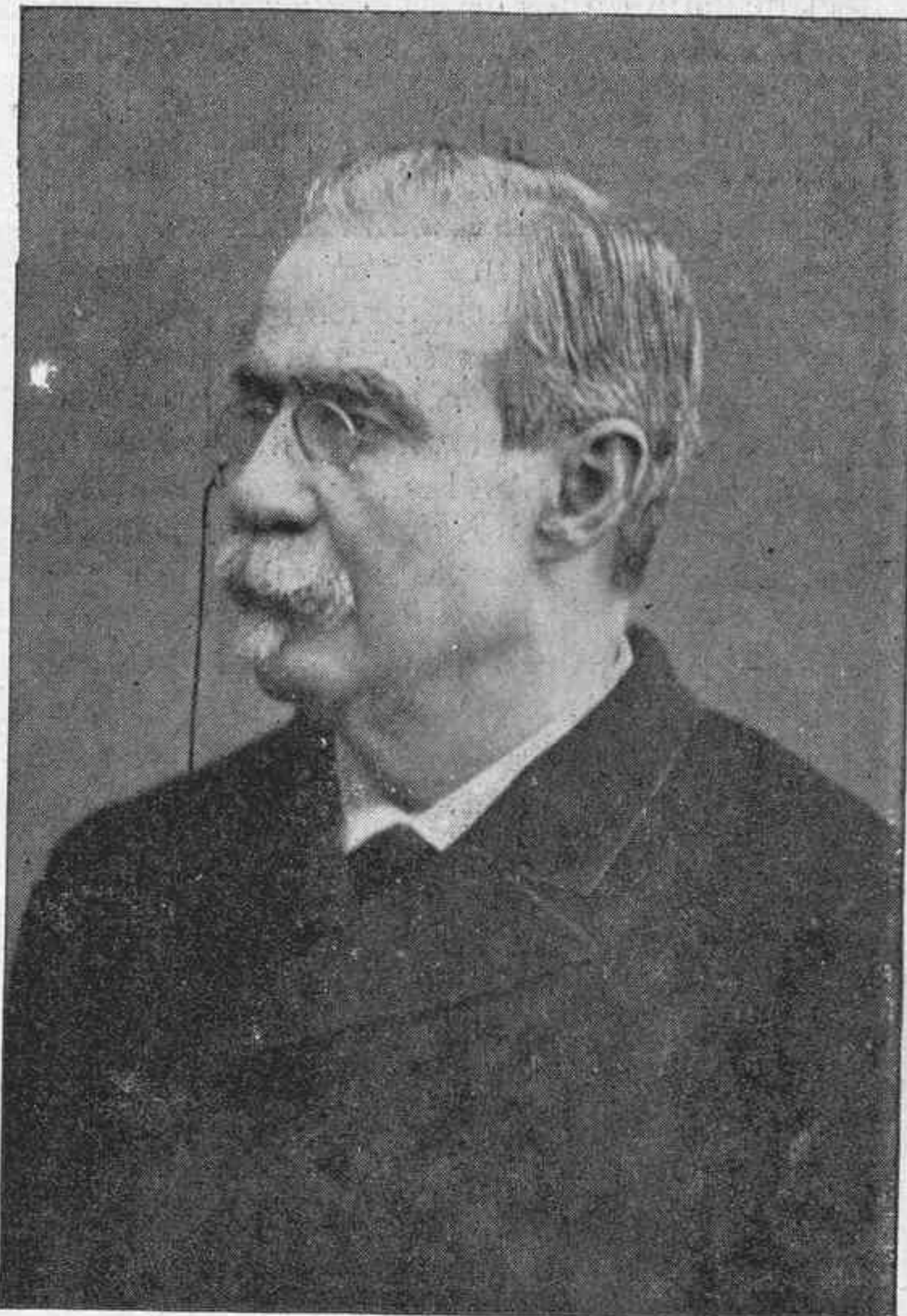
Ante todo, ocurre á nuestro ánimo la interrogación que debemos tener por primaria al examinar la personalidad intelectual del último Presidente de la Academia de la Historia. ¿Era Cánovas historiador?

Por adelantado respondió él á nuestra pregunta. Era un amigo de la historia. Difícilmente podrá entender el espíritu de esta frase, que es breve semblanza de Cánovas, quien, harto apegado á la letra é imbuído en los términos, no sobreentienda que la dicción de esa amistad hacia una disciplina de la inteligencia guarda estrecha sinonimia con aquella otra en la cual vinculaba Carlyle la calidad del crítico, la simpatía. Aun tiene mayor fuerza de expresión el vocablo usado por Cánovas, al menos dentro de nuestro idioma. Ser amigo de la historia es ser historiador, como ser amante de la filosofía es ser filósofo. Era historiador Cánovas, porque á ello le impulsaba una

como natural vocación, que no le fué posible desoir en ninguna época de su ruidosa existencia. Ya hemos mencionado su famosa condición de orador, y el dicho de Cicerón se nos viene á las mientes: *Nihil est magis oratorium quam historia.*

Literato cultísimo Cánovas, acaso pueda la crítica negar á sus obras literarias, ó advertir en ellas, harto menguadas, aquellas íntimas facultades estéticas que faltan al escritor de más copiosa doctrina y más impecable corrección, mientras éste no es artista, enamorado de la belleza *urania*, con finalidad sin fin..... No escasean trozos literarios de las obras de Cánovas, singularmente algunos períodos de sus discursos, en los cuales dejó su huella luminosa la virtud plasmante de la fantasía; pero así como en Cánovas la loca de la casa, la imaginación, era *ancilla* de su razón potentísima, de su entendimiento soberano, cedían plaza sus *humanidades*, que de humanidades conservaban cierto individual sentido á sociales (no cabe decir sociológicas después de un memorable discurso suyo en el Ateneo), á sociales estudios plenamente históricos. ¿Cuáles fueron estos estudios históricos? Recordemos sus palabras: «aquellos á los cuales dedicó sus *ocios pasados*». Como trabajos emprendidos por inteligencia no despreocupada de más urgentes atenciones, tienen un carácter fragmentario, son discursos y artículos de poca monta, y dos obras más, señaladamente notadas, una novela histórica y un libro de historia propiamente dicha.

Titúlase la novela *La campana de Huesca*. Crónica del siglo XII recogida piadosamente á orillas del Isuela, en una de aquellas huertas de suelo verde y pobladas de árboles frutales, cuyas bardas y setos se sustentan en las piedras robadas á los muros de Huesca: pudo ser esta novela cuadro magnífico de nuestra Edad Media, en el momento histórico en que se unieron Aragón y Castilla, engrandeciéndose geográficamente el reino al par que se engrandecía políticamente por el predominio de la Monarquía sobre el feudalismo, que pregonaba con bárbara grandeza en la famosa tradición aquella campana del Rey Monje.



CÁNOVAS EN 1897.

Pero á este cuadro, en que la figura de Aznar, el valiente y rudo almogávar, está dibujada con firmes trazos, fáltale color artístico lo mismo en la narración que en el diálogo.

El P. Blanco (*La literatura española en el siglo XIX*) dice que en *La campana de Huesca* se mostró Cánovas «émulo poco feliz de Walter Scott».

La obra de historia propiamente dicha que Cánovas nos ha dejado es una continuación de la Historia del P. Mariana, «comenzada á escribir por cierto (dice el autor) cuando aun no tenía concluidos mis estudios de leyes, é impresa con el ambicioso título de *Historia de la decadencia de España*; obra incompletísima por fuerza y salpicada de graves errores, nacidos de no haber ejecutado por mi cuenta investigaciones directas y formales, sujetándome á lo impreso ya por otros en cuanto á la exposición de los hechos. Pero como á éstos corresponden los juicios, naturalmente resultan también plagadas dichas páginas de injusticias que, no por ser comunes y andar todavía acreditadas, han empeñado menos mi conciencia en desvirtuarlas después, tanto y más que con argumentos y razones, por medio de testimonios fehacientes y en virtud de un examen mucho más atento y profundo de cosas y personas».

Rectificación de los errores sagazmente escudriñados en esta obra por su mismo autor fué la titulada *Bosquejo histórico de la Casa de Austria*, y rectificación asimismo, que las líneas del plan de la primitiva obra amplía, son los dos tomos de *Estudios del reinado de Felipe IV*, publicados posteriormente.

El mismo Cánovas, nada parco en las censuras á su obra, según hemos visto, se felicita no obstante por la buena dicha de que, puestos aparte sus errores parciales é involuntarios, el concepto que en conjunto formó de la historia de España durante los siglos XVI y XVII fuese idéntico al que todavía abrigaba después de recoger harto mayor copia de datos, de muchísimo más trabajo empleado en depurar la verdad y de la superior experiencia de los largos años de su accidentada carrera. No sin pesar se envanecía Cánovas de esto que llamaba *casual acierto*. Aquel concepto histórico engendró el ya célebre pesimismo de Cánovas. Como á Gibbon la *Historia de la decadencia del Imperio romano* le hizo escéptico, á Cánovas la *Historia de la decadencia de España* le hizo pesimista. Se ha observado que las nubes adoptan la forma de las montañas sobre las que pasan. Así las ideas se configuran sobre los hechos, y la filosofía se constituye sobre la historia. Cánovas como filósofo era un pesimista. El pesimismo, dice James Sully, cuando es sincero y profundo, es un fenómeno patológico.

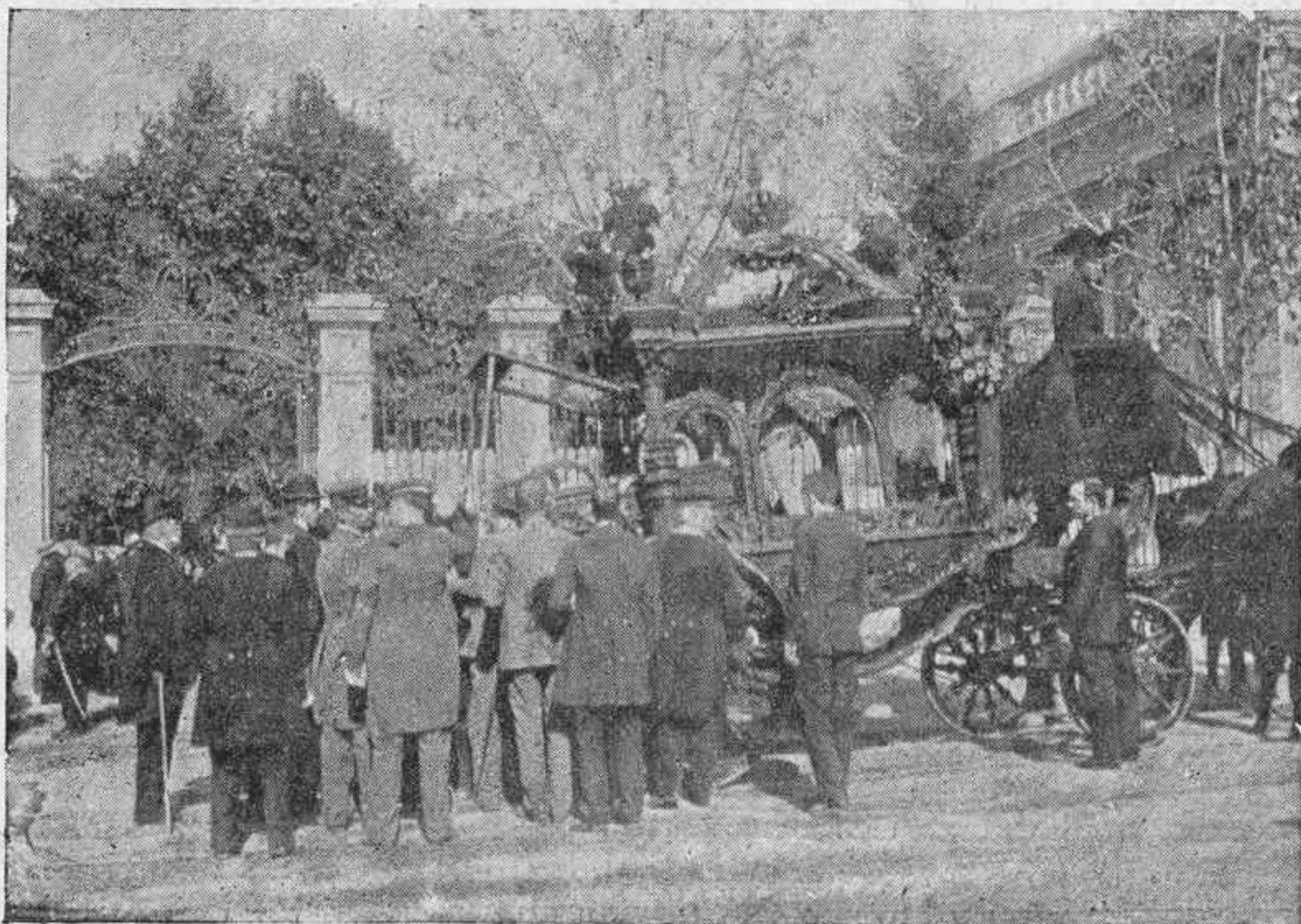
Las ideas de Cánovas, que como hombre político vivió en constante comunicación con el Estado que gobernara, revelan el malestar social unánimemente sentido en nuestro tiempo. Pero á la manera que Cánovas propiamente no fué filósofo, sino pensador, su historia, la historia que había derecho á esperar de él, no existe. Su insaciable erudición le allegó documentos preciosos, que supo dilucidar con perspicaz análisis, pero no dispuso del tiempo necesario para construir con aquellos materiales. No hay movimiento de cultura española en materia histórica á cuya dirección no estuviese Cánovas. Cuando la Academia que preside se propone la publicación de la Historia de España, el nombre de Cánovas representa aquellas vastas iniciativas. Cuando el Ateneo conmemora el IV Centenario del descubrimiento de América, la primera conferencia, «Criterio histórico con que las distintas personas que en el descubrimiento de América intervinieron han sido juzgadas», pertenece á Cánovas. Doquier se necesita magistral juicio de asuntos históricos, pone Cánovas la pluma, y doquier precisa enseñanza histórica oral, pone cátedra. Sus escritos son notables, sus discursos elocuentes; pero la obra histórica á la que Cánovas parecía llamado, por ninguna parte se descubre. La novela histórica *La campana de Huesca* fué inspirada (él lo dice) por el sentimiento que produjeron en la imaginación de un escolar entusiasta los viejos manuscritos y memorias de aquella tierra gloriosa. Su *Historia de la decadencia* fué comenzada (ya queda dicho por su autor) cuando éste no tenía aún concluidos los estudios de leyes. Los trabajos que de él tenemos presentes son fruto de *sus ocios*

*pasados*, según indica la frase que sirve de *leit motiv* á este artículo....

Sus grandes estudios históricos los tenía Cánovas imaginados, pensados, mejor dicho, para los días serenos que fiaba al porvenir, cuando á *la mitad de la vida*, cantada por él en hermosos versos, ingresó en la Academia de la Historia. Aquellos días soñados para labor intelectual en descansado retiro; aquellos días que hubieran sido días de gloria para España, no lucieron para él. Las vicisitudes de su patria no le consintieron la serenidad de espíritu que requiere como imprescindible las arduas tareas de un Thierry.

Pero en estos días en que la serenidad de espíritu se halla tan lejos de nosotros, sumidos en duelo nacional, debemos recordar, para gloria de su nombre, la obra de aquel que acertó á *continuar la Historia de España*....

ANDRÉS OVEJERO.



LLEGADA DEL CADÁVER DE CÁNOVAS Á LA HUERTA.

(Fotog. de Compañy.)



## EL ENTIERRO DE CÁNOVAS



EN LA CALLE DE ALCALÁ.—LLEGADA DEL COCHE FÚNEBRE FRENTE A LAS CALATRAVAS.



FRENTE A LA CALLE DE PELIGROS.

*(Fotografías tomadas por Compañy desde el palacio de La Equitativa.)*

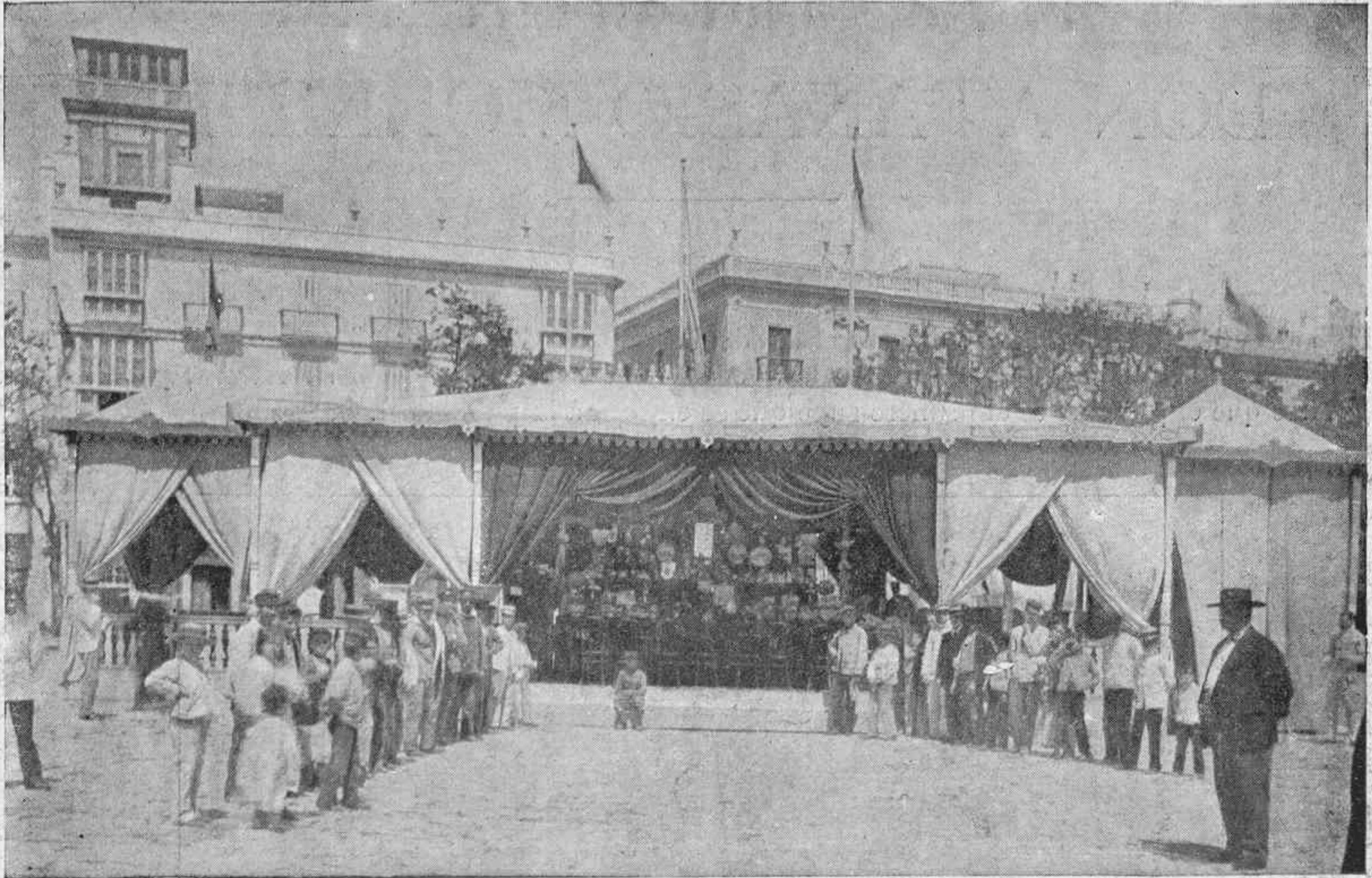
# CÁDIZ



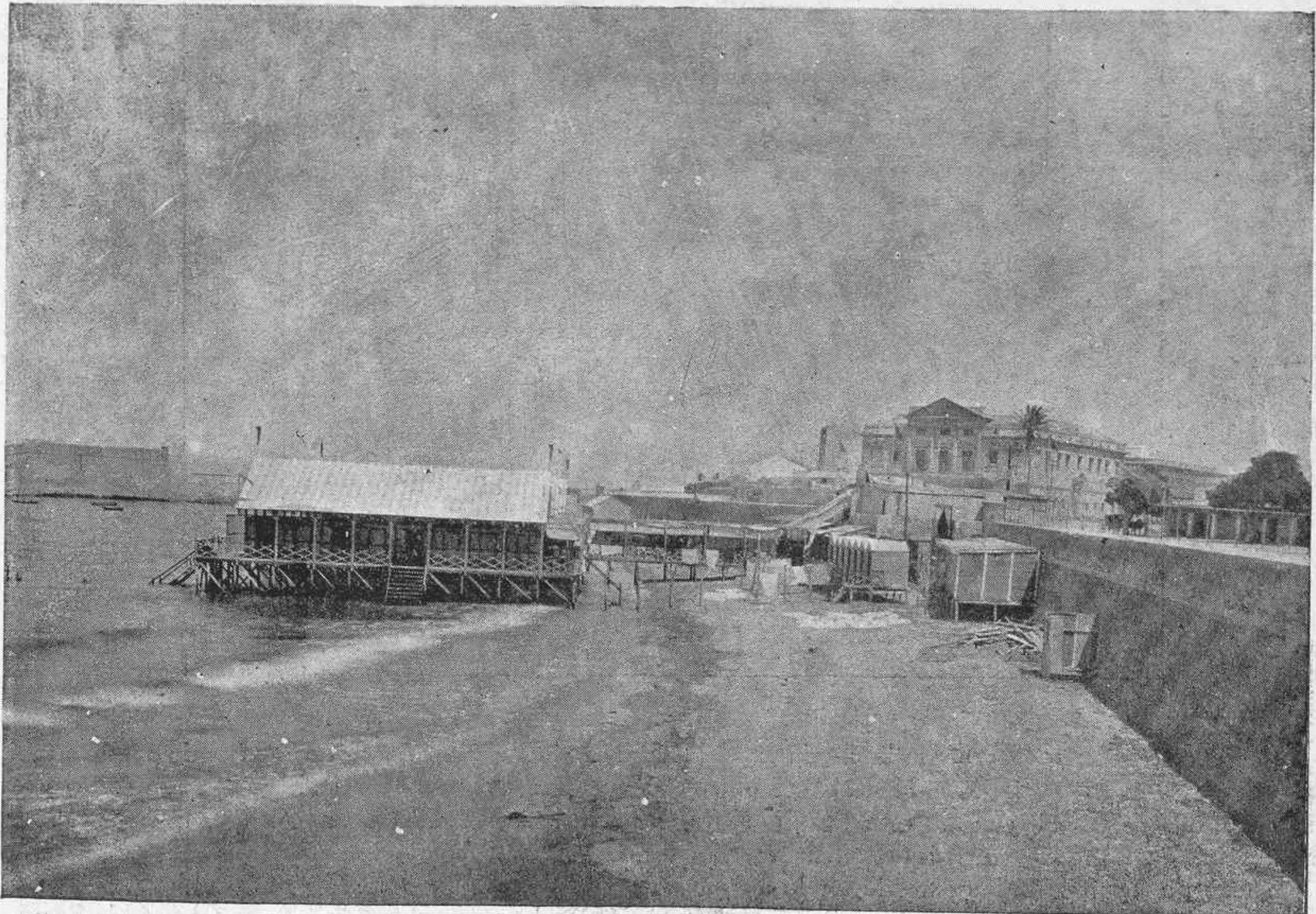
LA CIUDAD Á VISTA DE PÁJARO.



BAÑOS DE MAR DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN.—SALÓN DE ESPERA.



RIFA DE LAS ESCUELAS CATÓLICAS EN LA PLAZA DE SAN ANTONIO.



LOS BAÑOS DEL REAL.

(Fotografías de Lebrón.)

# DON ATANASIO MORLESIN

---

Todo el mundo ha oído hablar del secretario de D. Antonio Cánovas, confidente y amigo suyo, y, sin embargo, el Sr. Morlesín es hombre tan modesto que cuesta un triunfo obtener su retrato, y casi puede asegurarse que el presente es el primero suyo que se entrega á la publicidad.

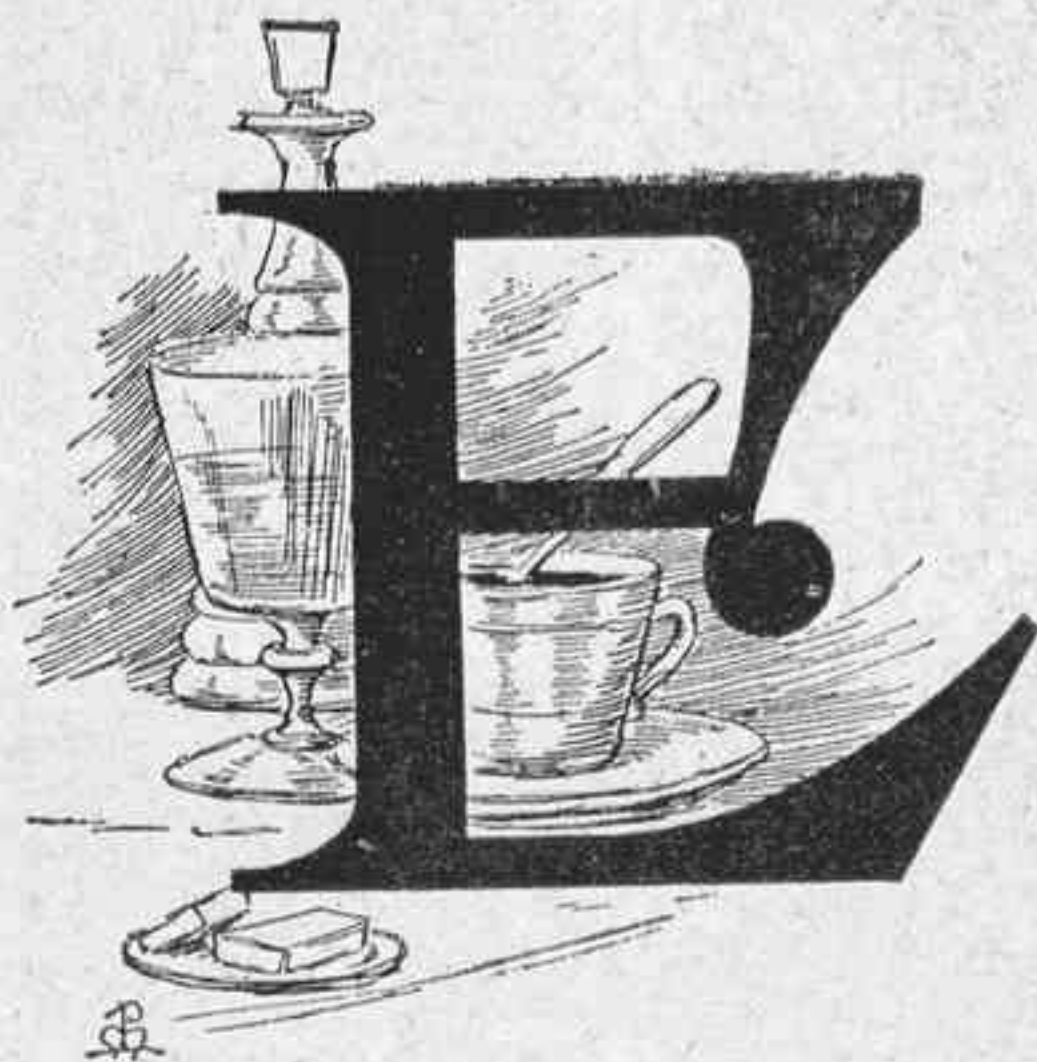


El Sr. Morlesín, no sólo poseía la confianza del grande hombre, sino que era considerado por éste casi como una persona de su familia. Mediaba ya entre ellos el afecto que engendra el trabajo en común y la responsabilidad natural, cuando este trabajo es de tan gran trascendencia como los que habitualmente ocupaban al Sr. Cánovas y á su inteligentísimo secretario.

Era éste un hombre indispensable en la Presidencia del Consejo, y bien lo prueba el hecho de que, venciendo el dolor por la muerte de su ilustre jefe y amigo, se ha visto obligado á encargarse de la Secretaría particular del Presidente interino del Consejo, Sr. Azcárraga.

*(Fotog. de Huerta.)*

# UN HÉROE MALAGUEÑO



El ejército del Rey intruso, de aquel José I que el pueblo llamaba *Pepe Botella* creyéndole borracho de profesión, á pesar de que aseguran muchos de sus biógrafos que no probaba el zumo de las uvas; aquellos soldados orgullosos y despóticos, que por vez primera vieron detenida su marcha triunfante en los campos españoles, se habían apoderado de Granada.

Los vencedores de Ocaña, embriagados con su triunfo, olvidaron la derrota de Bailén y pensaron hacer suya toda la Andalucía, incluso la invencible Cádiz, aquel rincón de héroes y patriotas que proclamaron nuevas libertades y derechos.

Málaga continuaba afecta á su Rey legítimo. En vano algunos comerciantes, extranjeros en su mayoría y miserables agiotistas afrancesados, predicaban que esta ciudad debía entregarse sin lucha á las hordas de Sebastiani.

Los malagueños acordaron resistir. Era cierto que no tenían municiones, que las armas eran pocas, que el número de combatientes era muy inferior al de sus contrarios, que la plaza no tenía condiciones militares de defensa; pero en cambio el entusiasmo y el patriotismo de los malagueños era inmenso.

El coronel Vicente Abelló, cuyo cuerpo señalaban honrosas cicatrices, alentó á los militares; el escribano San Millán pronunció fogosos discursos; el canónigo Jiménez demostró que era un verdadero español, y el fraile capuchino Fernando de Berrocal se multiplicaba, preparando al pueblo para luchar cuerpo á cuerpo con los invasores.

Los afrancesados hicieron alguna resistencia; la Junta vaciló, y entonces el ya dicho canónigo Jiménez, vestido de general, se lanzó á la calle al grito de *¡Muera el francés!*, y tras él grupos de campesinos y obreros.

En la plaza se levantó una horca, proclamándose que serviría para todo aquel que resistiera los nobles impulsos del pueblo malagueño.

Se lograron fondos, y bajo la dirección de Abelló quedaron organizados varios batallones.

Sebastiani atravesó Loja y Alhama, y destacó un escuadrón de dragones. En el sitio llamado *Boca del Asno*, camino de Antequera, aquéllos fueron detenidos por un grupo de paisanos, que los hicieron muchas bajas.

El general Meilhand, mandando la vanguardia del cuerpo de ejército francés, dió vista á Málaga á las dos de la tarde del 5 de Febrero de 1810.

El entusiasmo popular no reconoció límites. Como locos, dice Guillén, salen los malagueños de sus casas en busca del enemigo, sin armas, sin municiones, quién con una espada, quién con un puñal, hasta con picas y hoces, y arrastrando algunos malos cañones.

Se rompió el fuego á las cuatro de la tarde. Los lanceros polacos atacaron con ardor y empuje. Miles y miles de franceses bien armados aparecían tras ellos.

En cada calle se desarrollaba una escena heroica. Hubo malagueño que, navaja en mano, esperó al enemigo, huyó el cuerpo al bote de su lanza, y con asombroso valor, subiéndose sobre el caballo, derribó al jinete de tremenda puñalada (1).

Los franceses morían de un modo terrible é inesperado. No habían podido soñar aquella resistencia.

Llegó la noche, y aun la lucha continuaba.

Mas el número inmenso de contrarios obligó á los grupos de paisanos á replegarse al cerro de los Angeles, en tanto que el ejército de Sebastiani saqueaba la ciudad, violaba doncellas, prendía fuego á varios edificios y se apoderaba de los millones del Duque de Osuna, de las alhajas de las iglesias y de los ahorros del vecindario.

Entre esas escenas de heroísmo merece especial mención una de ellas, ocurrida en la calle de Cuarteles, casi á la entrada de la ciudad.

Un oficial del Ejército español, que ya en Gibraltar había sido herido en defensa de su patria, al frente de unos cuantos soldados y de varios campesinos luchaba denodadamente contra un grupo compacto de lanceros franceses. Muchos de éstos cayeron heridos, pero el héroe malagueño alentaba á los suyos, y á pie, sin ceder un paso, vendía cara su vida.

Llegó un momento en que creyeron tenerle prisionero; pero el primer francés que fué á sujetarle cayó muerto á sus pies. Aislado de los suyos, siguió combatiendo herido, jadeante. Se defendió hasta caer atravesado por una lanza enemiga.

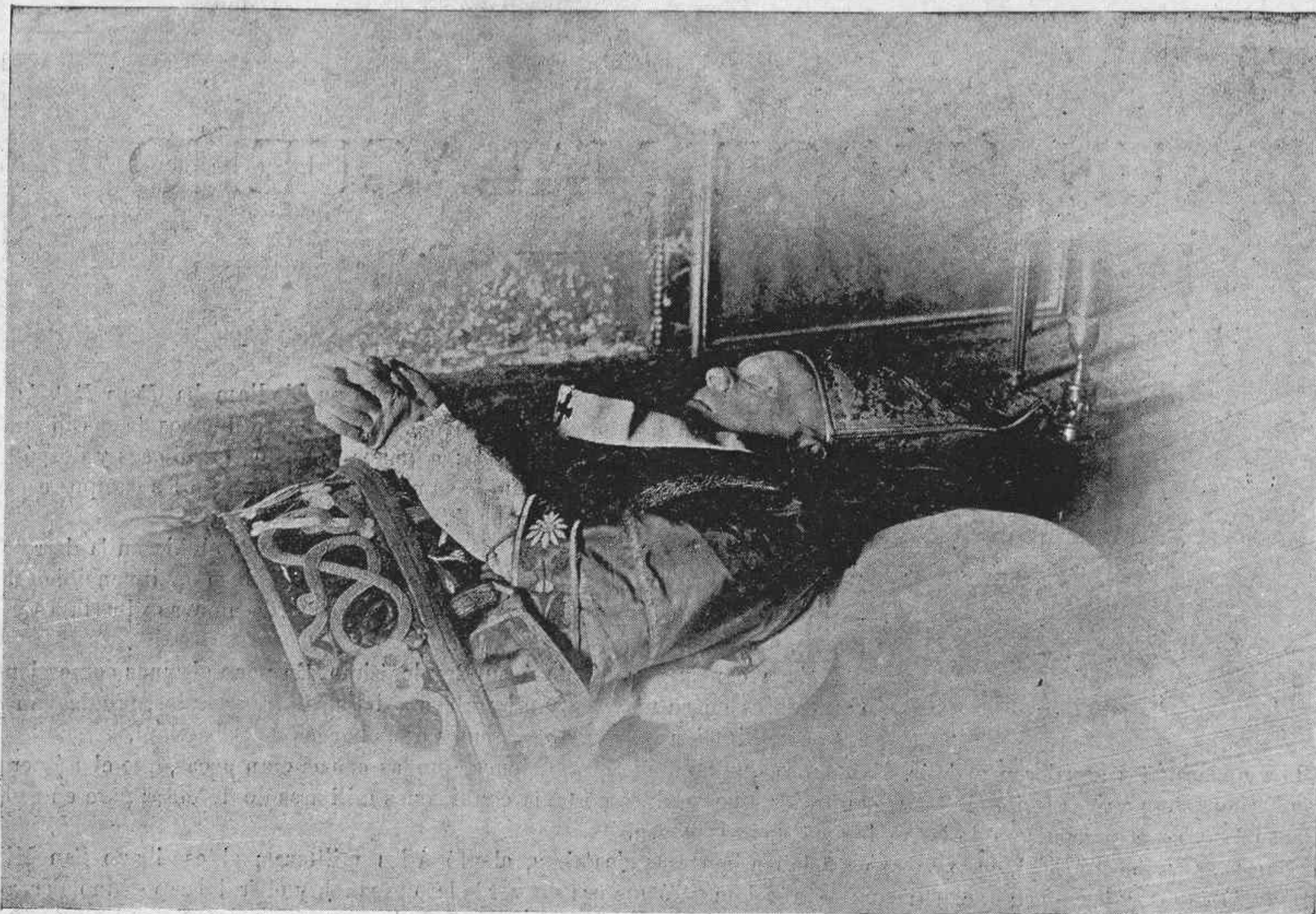
Aquel héroe era D. Juan José del Castillo.

Aquel cadáver era el del ilustre abuelo del infortunado D. Antonio Cánovas del Castillo.

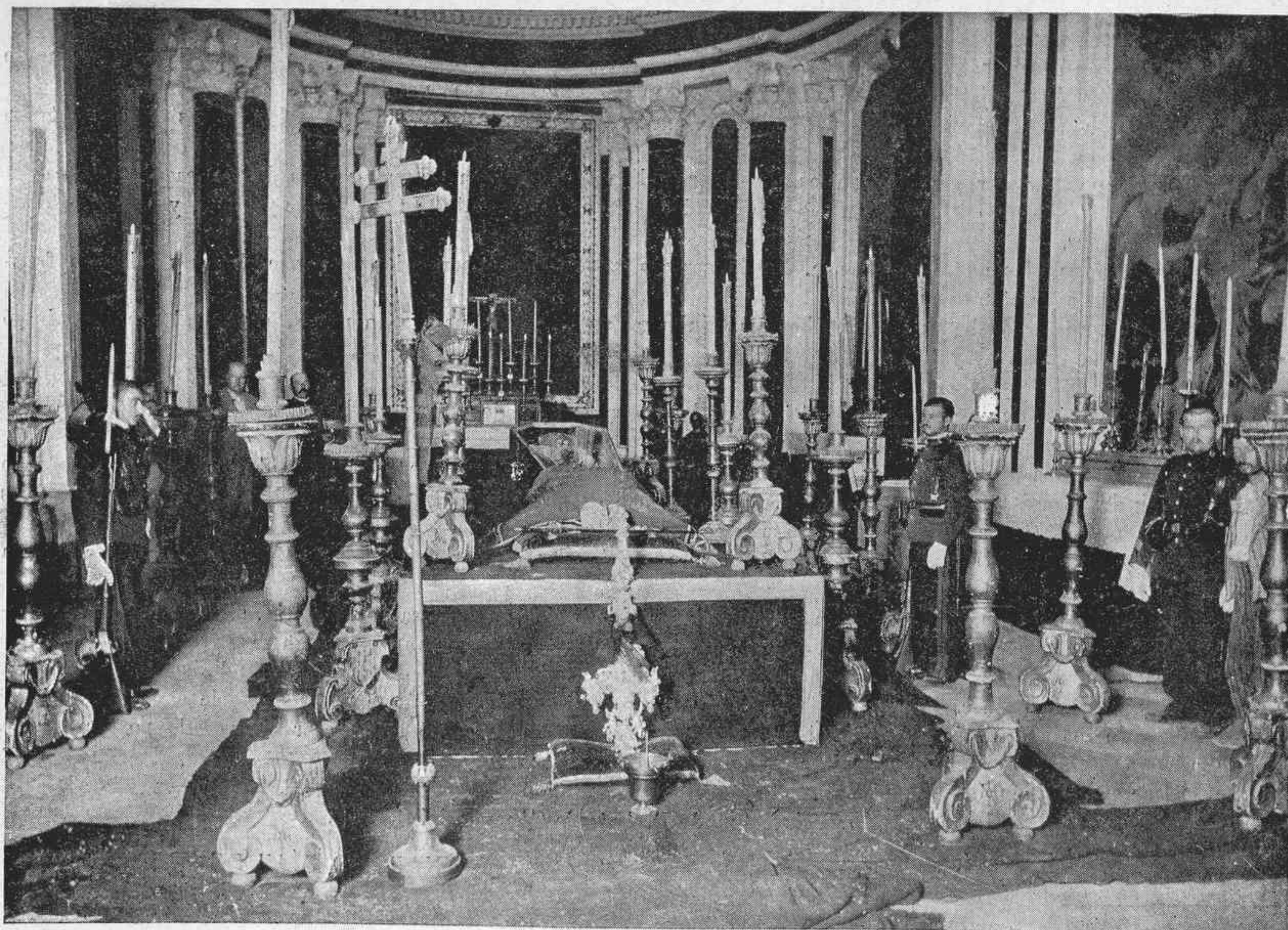
NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

(1) *Historia de Málaga*, por Guillén, pág. 643.

TOLEDO.—LA MUERTE DEL CARDENAL MONESCILLO



EL CADÁVER.



LA CÁMARA ARDIENTE.

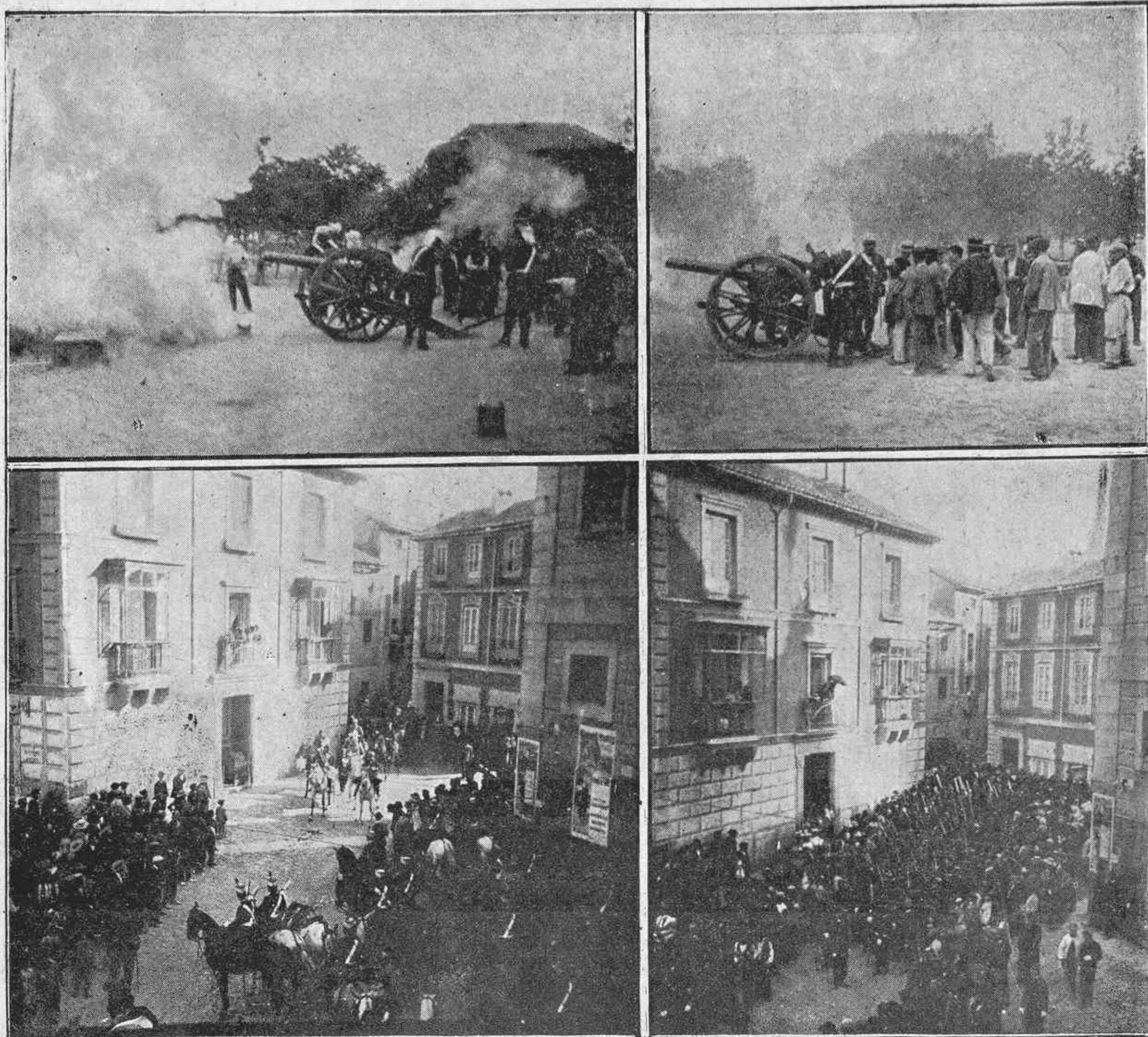
EL ENTIERRO



PASO DEL CORTEJO FÚNEBRE POR LA CALLE ANCHA.



ENTRADA EN LA CATEDRAL POR LA PUERTA LLANA.



LAS SALVAS EN EL PASEO DEL TRÁNSITO.

EL GENERAL AHUMADA RECORRIENDO LA LÍNEA.—EL BATALLÓN DE ALUMNOS DE LA ACADEMIA DE INFANTERÍA.

La casualidad más desdichada nos obliga á no dar cuenta en este número más que de muertes y tristezas.

Tres días después del asesinato del Sr. Presidente del Consejo fallecía en Toledo el virtuoso prelado que, ya en edad avanzadísima, ocupó la Sede Primada de las Españas.

Don Antolín Monescillo y Viso, Arzobispo de Toledo, era uno de los más ilustres representantes de la Iglesia española, cuyo puesto preeminente llegó á ocupar después de una larga labor evangélica, que difícilmente olvidarán sus feligreses de Jaén, de Valencia y de Toledo.

Aun en esta última ciudad y siendo ya octogenario predicó con admirable elocuencia, hasta que la enfermedad crónica de que ya largo tiempo sufría, le retrajo en su mansión episcopal, y aun desde allí dirigía por escrito continuos y paternales consejos á sus fieles.

El sentimiento producido por la muerte del sabio Cardenal ha sido imponderable, y se ha mostrado en la solemnidad magnífica del entierro, de la cual publicamos interesantes fotografías, debidas al arte del Sr. Compañy.

I. R. M.